

los espíritus, y en todas las formas de la actividad intelectual, moral y física de los hombres de este siglo, y en especial de los que estamos viviendo «la gran crisis» de la humanidad.—*Carlos Yáñez B.*

LIBROS CHILENOS

CIELOS DEL SUR, por *Luis Durand*.

Es un libro aparecido hace cuatro meses, pero que merece ser recordado, aquí donde el recuerdo de la mejor obra se borra en pocas semanas. No es tan abundante la producción de libros chilenos como para que tal cosa suceda; es, más bien, la superficialidad del ambiente,—que superpone imágenes de teatros, cines, espectáculos deportivos, sobre el pequeño escenario de la vida intelectual,—la que contribuye al pronto alivio de los acontecimientos literarios.

Luis Durand, por otra parte, no es un escritor bullicioso. Tal como se le ve en la portada de su libro «Cielos del Sur», lo encontramos deambulando calladamente por las calles de Santiago. Alto, gordo, de movimientos lentos. Los gruesos cristales no agrandan demasiado sus ojillos mansos y escrutadores. Son unos ojos que disimulan su picardía irónica. Bajo un aspecto inofensivo, arde la pasión voraz y la ambición batalladora.

—Yo nunca creí que llegaría a ser escritor,—responde a una pregunta—Era empleado de Correos; transcribía notas. Esa era mi literatura. En cierta ocasión, después de una reunión gremial de empleados, se me dió el encargo de hacer una reseña para la prensa. La escribí cuidadosamente, con mi mejor letra de oficinista, y la mandé a «El Sur» de Concepción. Allí apareció con mi firma. Recibí felicitaciones de los compañeros, y... se apoderó de mi la vanidad literaria. Zañartu, un amigo empleado, como yo, en Correos, me alentó para que escribiera una narración y se la enviase a su hermano Sady, que era en esa época Director de «Zig-Zag». Seguí sus consejos, y mi cola-

boración tuvo buena acogida. Me consideré lanzado; tuve entonces valor para escribir cuentos, mandarlos a «El Diario» de Santiago y a otros periódicos importantes. De ese modo se escribieron las narraciones, reunidas, después, en «Tierra de Pellines» (1929) y en «Campesinos» (1932). En este libro que acabo de publicar, en realidad, no vienen mis últimos cuentos, sino los primeros.

En lo que se refiere a la vida íntima de Durand, nada sabemos; pero es sin duda, una de esas existencias que se deslizan, calladas y rutinarias, sin grandes saltos, sin tropiezos bruscos; vidas ordenadas, burguesas. Fué contador en una hacienda de Traiguén, y allí tuvo ocasión de recoger observaciones bien precisas, de la naturaleza y de las costumbres sureñas.

Tal vez no haya un observador tan minucioso como Durand, en literatura chilena. Sus croquis campesinos se acercan más al arte fotográfico que a la libre interpretación artística. «Compone» poco sus cuadros; los traslada al lienzo con maravillosa precisión, tal como los vió en la vida. Los diálogos de personajes del bajo pueblo, tomados en sus relatos, tienen una gran verdad. A veces, demasiada.

Sin embargo, su gran amor a la naturaleza, al enfrentarse al paisaje, hace que su imaginación se desprenda de la tierra y tome proyecciones hondas, dulces o vastas. En esos momentos, se transforma en poeta delicado, su lenguaje adquiere singular encanto.

«La selva tenía para él un latido de misterio, un susurro hondo; grandioso a ratos, como rumor de olas lejanas que se rompieron sobre los acantilados; luego un rumor quedo, suave como una ensoñación. Había allí un perfume desconocido para él. Olor a tierra sombría, a leños muertos, derrumbados por la tempestad, entre la suavidad de los quilantos, que se destrenzaban junto a él. Y siempre la voz de un estero gorgoriteando, indiscretas palabras de un idioma extraño que las hojas iban repitiendo tenues, como latidos de almas perdidas entre las breñas y las sombras». (Cielos del Sur, pág. 22).

«Afortunadamente el camino comenzaba a ensancharse, y entre las largas rasgaduras del pétreo farellón, se asomaban al-

gunas plantas raquílicas, de hojas ásperas y descoloridas. Y de pronto, como un dardo fantástico deslumbrador y que hubiera disparado un arquero gigantesco, un rayo de sol enceguecedor, penetró por la estrecha garganta. Primero fué un abanico de oro desplegado sobre un alto picacho, donde la nieve era tan tersa y maciza, que la azulidad del cielo se derramó sobre él, como sobre un raro y caprichoso jarrón que estuviera puesto al revés. Después, oro líquido, resbaló sobre los murallones blancos e inundó de claridad purísima la inmensa oquedad de las montañas, que hasta entonces sólo llenaba el silencio y el misterio» (Cielos del Sur, pág. 99).

Esta última transcripción está tomada de el cuento «El Derrotero» uno de los mejores que se incluyen en el libro «Cielos del Sur». Hay en él un taciturno desgarramiento de almas, una tragedia silenciosa que sobrecoge al lector como el espectáculo de la cordillera descrita.

Luis Durand ha pasado a ser uno de los valores positivos de nuestra literatura. En la pobre generación de escritores contemporáneos,—pobre por el escaso número de sus representantes—Durand descuella con indiscutible vigor. El premio que le ha concedido últimamente la Sociedad de Escritores de Chile, es uno de los más justos.

HOMBRES EN LA SELVA, por *Mariano Latorre*.

Predecesor de Luis Durand, podría llamarse a Mariano Latorre. Latorre ha cultivado con invariable constancia la narración novelesca, basada en la vida intensa de nuestras cordilleras, costas y montañas. Ha sido el creador de una literatura nacionalista de innumerables matices, sólida y conscientemente arquitecturada.

Si bien Latorre ha venido más tarde que Baldomero Lillo, Gana, y Labarca Hutbertson, su obra no sigue exactamente sus huellas. Posee vigorosa personalidad, libre de toda influencia extraña. Sólo tiene de común con sus antecesores cronológicos, el profundo amor a la tierra chilena. Sus métodos de tra-